

## VINDICACIONES PARA TEORÍAS

Rafael M. Mérida Jiménez<sup>1</sup>

### ABSTRACT

This article offers a short genealogy of the birth of queer studies in the United States. As shown in the two collections, *Sexualidades transgresoras: una antología de estudios queer* and *Manifiestos gays, lesbianos y queer: testimonios de una lucha (1969-1994)*, my approach connects history and queer activism in order to avoid terminological misconceptions.

**KEYWORDS:** Queer studies, activism, trans.

### RESUMEN

Este artículo ofrece una breve genealogía del nacimiento de los estudios “queer” en los Estados Unidos. Como ya mostré en las dos colecciones de ensayos, *Sexualidades transgresoras* y *Manifiestos gays, lesbianos y queer*, propongo un acercamiento que aúne perspectiva histórica y activismo “queer” evitando confusiones terminológicas.

**PALABRAS CLAVE:** estudios “queer”, activismo, trans.

Las teorías “queer” nacidas en Norteamérica apostaron, desde fines de la década de los años ochenta del siglo XX, por un desciframiento de la noción de identidad sexual que enlazaba históricamente con el camino abierto por el feminismo, los estudios sobre el género y, por supuesto, las investigaciones gays y lesbianas pero que al tiempo alentaba nuevos impulsos y metodologías. Sus propuestas reinterpretaron, de manera más radical, los presupuestos de la “crítica homosexual”—tanto esencialista como construccionista—pues se empeñaron en elaborar herramientas que difuminasen (o dinamitasen), por ejemplo, el binomio “hetero/homo”. Los estudios “queer”, por consiguiente, representaron una nueva formulación, sin duda más radical, de los presupuestos de las críticas lésbica y gay, que en parte ha corrido de forma paralela a y se ha nutrido de algunos movimientos políticos.

Además de la reivindicación colectiva inherente en los estudios lésbicos y gays, el movimiento “queer” fue ampliando su radio de acción a entramados sociales de nuevo calado o a cuestiones vinculadas, por ejemplo, a la raza, la religión, la ecología y los grupos

---

<sup>1</sup> Rafael M. Mérida Jiménez es profesor de la Universidad de Lleida. Su monografía más reciente es *Transbarcelonas: cultura, género y sexualidad en la España del siglo XX* (Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 2016). Este ensayo que se presenta aquí forma parte del proyecto de investigación FEM2015-69863-P y se ha desarrollado en el marco del GRC 2014 SGR 44.

marginados por el capitalismo globalizador de fines del siglo XX e inicios del XXI. Porque, ¿cuál es uno de los objetivos de las personas “queer”? Pues justamente lo contrario de la normalización y de la asimilación heteronormativas. Los estudios “queer” se han mostrado menos preocupados por la victimización sexual que por el desmantelamiento de las retóricas que siguen fortaleciendo los discursos del verdugo—aquellos que, en definitiva, justifican y legislan sus prerrogativas, ayer como hoy.

Esta teoría germinó al calor de la nueva dimensión que adquirieron algunos colectivos emplazados en una encrucijada en la que debieron responder a cuestiones inéditas tras la expansión de la epidemia del sida y del neoconservadurismo que sufrieron algunos países occidentales durante los años ochenta y noventa del siglo XX, los mismos en los que la “homosexualidad” empezaba a gozar de una progresiva asimilación social. Sendos botones estadounidenses siguen sirviendo de muestras: el primero sería la sentencia del tribunal supremo de los Estados Unidos en el caso *Bowers v. Hardwick* (1986), por la cual se condenaba la sodomía entre adultos; el segundo sería el nacimiento del movimiento Queer



Nation (California y Nueva York, 1990), vinculado a la lucha antisida del grupo ACT UP, que adquirió un cierto eco mediático por sus campañas (por ejemplo, “silencio=muerte”) y por su estrategia de desvelar prácticas homosexuales de personajes públicos que la mantenían en secreto (“outing” o salir del armario). No obstante, debe recordarse que se trataba también de tácticas que pretendían avivar una lucha aletargada como consecuencia de la aparente asimilación política de los gays más privilegiados, económica o culturalmente,

quienes empezaron a desentenderse de la extensión de la enfermedad entre grupos sociales o étnicos desfavorecidos.

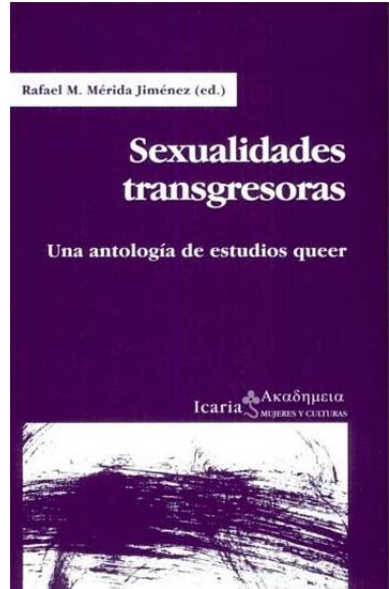
El término inglés “queer” (pronunciado ‘kuia’) designa la idea de rareza y extrañamiento pero igualmente, a nivel coloquial, puede usarse como un insulto sexual dirigido tanto contra hombres como contra mujeres—a la manera de un vocablo que significara, a la vez, “marica” y “bollera”, por ejemplo. No existe una palabra equivalente en español que recoja la mezcla de acepciones ni que permita su natural transformación lingüística en sustantivo, adjetivo o verbo. Como sucede en otros idiomas—y dada la actual extensión de su uso—suele preferirse mantener el vocablo original, aún a sabiendas de la incomodidad que puede provocar, como ya fuera apuntado en mi antología de estudios “queer” titulada *Sexualidades transgresoras* (2002). Quizá si la hubiese preparado hoy hubiese usado un término como “transmaricabollo” o “transfeminista”. O no.

Quisiera recordar de nuevo una cuestión que muchas veces se ha obviado en relación con el nacimiento y desarrollo de las teorías “queer”. En ocasiones, suele hablarse sobre esta perspectiva crítica como si fuera de una disciplina de laboratorio, ajena a la realidad. Nada más lejos de la realidad, como comprobará quien se acerque a mi antología de 2009 titulada *Manifiestos gays, lesbianos y queer: testimonios de una lucha (1969-1994)*. Y es que, a mi juicio, y es la hipótesis que a un tiempo fue motor de mi trabajo, los estudios “queer” deben

entenderse vinculados a un linaje que aflora al calor de los movimientos de vindicación de lesbianas, gays y trans que se acrisolaron tras las revueltas de Stonewall, en el Nueva York de junio de 1969.

Según expongo en el prólogo de este último libro, a la pregunta sobre si existe una verdadera ruptura ideológica entre las teorías “queer” reflejadas en *Sexualidades transgresoras* y los textos allí recopilados, la respuesta debe ser negativa, pues, como creo queda demostrado, se observa una clara continuidad en muchos aspectos (temáticos y políticos, colectivos e individuales). El formato de unas piezas y otras constituiría la mayor diferencia entre ambos volúmenes, pues mientras *Sexualidades transgresoras* recogía textos netamente académicos de una cierta extensión, después recogí piezas más breves que inciden de manera más nítida en las luchas políticas, si bien no pocos de sus autores se emplazaban en el medio universitario. De manera que, dicho con otras palabras, la forma no debiera de oscurecer los abundantes nexos que comparten los contenidos de ambos libros—sino todo lo contrario—y, por extensión, debiera de confirmar, explícita e implícitamente, la respuesta negativa al interrogante planteado.

La segunda hipótesis de trabajo del volumen deriva de la anterior y es un interrogante que se me ha formulado a veces. Sí, como propongo, existe una comunidad y una continuidad entre estos manifiestos y aquellos estudios “queer”, ¿por qué no pocos gays y lesbianas han rechazado de plano los logros de unas aportaciones que, en principio, debieran de resultarles tan cercanas? Esta pregunta, en parte, ya fue contestada en el prólogo de *Sexualidades transgresoras*—e indirectamente, también, en varios de los artículos que albergaba—pero como no resulta baladí, merece la pena recordar algo muy simple: por idéntica ecuación a la que confirma que no existe una única manera de vivir y de practicar una ideología, no todos los gays ni todas las lesbianas comparten las mismas preocupaciones, individuales o colectivas. Por la misma regla que existen gays y lesbianas, pobres y ricos, ateos y creyentes, de derechas y de izquierdas, etc., cuyos objetivos y apuestas vitales pueden ser contrapuestos y excluyentes, también existen gays y lesbianas a quienes no les interesa lo más mínimo o que pueden juzgar poco o nada atractivas (¡incluso ridículas o peligrosas!) las propuestas “queer”. Por supuesto están en su derecho. Sin embargo, a mi entender, la cuestión radica en que muchos gays y muchas lesbianas, incluyendo a algunos de sus portavoces más arrogantes, en Estados Unidos y en Europa, han creído que poseen una curiosa verdad primigenia que les ha dotado de un poder autoconcedido de beneplácito a propósito de quién es un “buen” gay o una lesbiana “auténtica”, de una insólita capacidad



inquisitorial contra los “queer”. Ésta es otra triste realidad que conviene tener en cuenta: ser gay o lesbiana no le convierte a uno, automáticamente, en una persona más tolerante, ni tan siquiera con los compañeros de viaje.

Sería más fácil advertir, por consiguiente, en tercera instancia, que una porción nada desdeñable de las personas involucradas en las luchas reivindicativas de los derechos de gays y lesbianas optó por un cambio de rumbo estratégico que tendió hacia un modelo de discurso legitimador que dejó en el camino muchas de las vindicaciones más comprometidas (o comprometedoras para una rápida aceptación) que comparten la mayoría de los manifiestos de mi antología y las prácticas “queer”, por supuesto aquellas que tendían hacia un cambio radical de paradigma de nuestras sociedades heteronormativas. Así, se fueron eliminando no pocas presencias incómodas y se atajaron encrucijadas, al tiempo que se transformó la genealogía de su trayectoria. El proceso de apropiación excluyente del “espíritu de Stonewall”, desde esta perspectiva, resulta elocuente. La continuidad de pensamiento y del deseo de “desmontar el género” entre el primer movimiento de liberación trans, lésbico y gay y los grupos “queer” me parece indiscutible.

Si los episodios que sucedieron en junio de 1969 en el número 53 de la calle Christopher suelen considerarse la fecha de nacimiento del “orgullo” se debe, con bastante probabilidad, a la existencia de una insatisfacción, individual y colectiva, que coincidió en el tiempo y confluyó en el espacio (la década de los sesenta en las urbes de Estados Unidos) con las luchas organizadas en favor de los derechos de los negros y de las mujeres, con los movimientos estudiantiles radicales, las apuestas contraculturales o las protestas en contra de la guerra de Vietnam: una época de crisis y vindicación política de enorme calado. Los disturbios del Stonewall Inn, junto a muchos otros más olvidados, lograron resquebrajar el dique de la rabia contenida, de la represión íntima y de la condena colectiva, al tiempo que pasaron a convertirse en referente de un cambio de rumbo: frente a los intentos anteriores de aceptación social a través de una sumisión a las normas—canalizados por las asociaciones homófilas de la importancia de la Mattachine Society y The Daughters of Bilitis—emergieron nuevas consignas, nuevos protagonistas y nuevos grupos con un discurso político más combativo, influido por corrientes marxistas y anarquistas, que no ocultan cómo desde el margen se pretende transgredir el sistema.

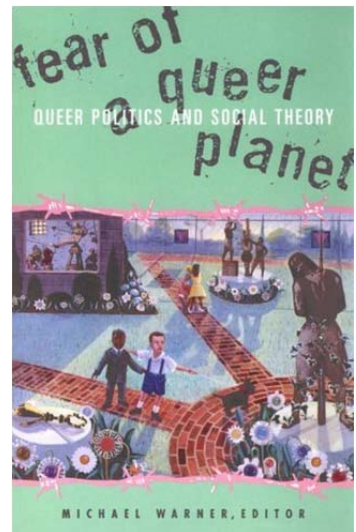
Mi segunda antología se abrió en las calles casi humeantes del Village neoyorquino del verano de 1969 y se cerraba en el Nueva York, aparentemente triunfante e inmaculadamente olímpico, que acoge los cuartos “Juegos Olímpicos Gays” en junio de 1994. En este arco temporal de veinticinco años pueden contemplarse las rupturas y, sobre todo, las continuidades de un pensamiento y de una acción políticos que, a mi juicio, no conviene menospreciar, pues a pesar de su aparente adolescencia ofrece contundentes reflexiones que pueden servir para repensar nuestro presente, sólo en apariencia más



maduro, a más de cuarenta años ya de aquellas revueltas. Así, “Maricas, leed esto: odio a los heteros” es un manifiesto repartido como octavilla durante la manifestación del Día del Orgullo Gay de Nueva York, en junio de 1990 y ha sido considerado uno de los más claros exponentes de las estrategias políticas y discursivas del movimiento “queer”: su “odio”, en realidad una explosión de rabia, actualizaba la ira ante las prerrogativas del “pensamiento hetero” que, para entonces, ya había empezado a convertirse en una marca de buen gusto entre las elites gays y lesbianas—o el norte al que se aspiraba, avanzando lo que podría denominarse “pensamiento heterogaylesbi”, tan extendido en la actualidad. “Queers” anónimos luchan contra el clasismo y el racismo redivivos, contra la moral reaccionaria y contra la inacción de los estamentos sanitarios frente al sida, recuperando el discurso que hace de todas las opresiones una sola.

En una importante antología de ensayos titulada *Fear of a Queer Planet* [*Miedo a un planeta “queer”*], Michael Warner ya introducía la idea de que cuando una persona se identificaba como “queer”, automáticamente se convertía en una luchadora en contra de todas aquellas instancias que le estigmatizaban y que cercenaban su libertad, llámense familia, género, estado, nación, clase o cultura. Confío en que, salvando todas las distancias, mis dos antologías—*Sexualidades transgresoras* y *Manifiestos gays, lesbianos y “queer”*—hayan podido servir como canales de difusión en español de estos testimonios, como herramienta de memoria y de reflexión y como motor de acción contra todas las injusticias, empezando por la homofobia, la lesbofobia y la transfobia.

Hace unos años, a petición de un colectivo trans, escribí un texto sobre qué significaba “queer” que ahora me apetece recuperar:



“Queer” no es “homosexual”.

“Queer” no es “lesbiana”.

“Queer” no es “gay”.

“Queer” no es “bisexual”.

“Queer” no es “transexual”.

Si te identificas con cualquiera de estas palabras, puede ser que andes en las antípodas de lo que significa ser “queer”.

“Queer” no es sinónimo de “fashion” (pon aquí tu marca preferida).

“Queer” no es una serie de TV (tipo “Queer as Folk”).

“Queer” no es ghetto heteronormativo disfrazado.

“Queer” no es euro rosa (o dólar, o la moneda que manejes).

“Queer” no es boda (ni asimilación).

Si eres feliz como una perdiz con cualquiera de estas cuestiones, probablemente estés en las antípodas de “queer”.

“Queer” es lucha contra múltiples opresiones sexuales (y no sólo contra la tuya).

“Queer” es activismo a favor de los derechos de las personas, en todo el mundo.

“Queer” es anti-hetero/gay/lesbi/trans/bi-patriarcado.

“Queer” es anti-hetero/gay/lesbi/trans/bi-matriarcado.

“Queer” es libertad (y, por ello, utopía).

### *Obras citadas*

Mérida Jiménez, Rafael M., ed. *Manifiestos gays, lesbianos y queer: testimonios de una lucha (1969-1994)*. Barcelona: Icaria, 2009

---. ed. *Sexualidades transgresoras: una antología de estudios “queer”*. Barcelona: Icaria, 2002.

Warner, Michael, ed. *Fear of a Queer Planet: Queer Politics and Social Theory*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1993.